

pues, os nombraré? ¿Diré que sois mi madre? Mas una madre arroja de su seno al hijo que ha llevado en él, y nosotros siempre nos hallamos viendo en vuestro pecho. Escuchadme, nos decís, escuchadme vosotros á quienes llevo en mi seno y traigo en mis entrañas. Yo os llevaré hasta la vejez, y hasta que encanezcáis; os llevaré, os sostendré, y os salvaré de todo peligro (1). ¿Os nombraré mi hermana? Pero una hermana divide su amor y sus desvelos entre los demás hermanos, y Vos, amada mía, me amáis con un cariño inmenso; no me corresponde solamente parte de vuestra ternura; todo vuestro corazón es mío, y no porque llevéis conmigo innumerables hijos en vuestras entrañas me habéis de amar con imperfecto y corto amor, ni vuestros cuidados dejarán de ser continuos, y llenos de vivísimo interés. ¿Acaso os llamaré, como os han llamado algunos santos, la esposa de mi amor? Sin embargo, el vínculo que une á los esposos se destruye con la muerte; mas vuestro amor es inmortal; salido del seno del Señor, vuelve al centro mismo de donde salió, y donde vive por una eternidad feliz. Diré, pues, mi amada Niña, que sois mi vida, mi alma, mi propio corazón; que vivo, mas no yo; que vos sois la que vivís en mí; que sea que viva ó muera, muero y vivo para Vos. Cuando esto digo, y me contemplo á vuestros pies, y los estrecho en mis brazos, y los baño con mi llanto, ¡oh, y cuán feliz me siento! Olvidase el mundo, fastidian los placeres, el corazón se halla en una paz dichosa, consigo

(1) Isa., XLVI, 3, 4.

tiene á la que ama; ¿cómo no estar sumergido en un piélago de inefables y purísimas delicias? ¿Cómo no perdérsenos de vista todo lo que no sois Vos? Y después, sin embargo, tener tantas veces que llevar nuestros ojos á otra parte, ¡cuán amargo desconsuelo! ¡Oh, Señora mía! Que jamás os pierda de vista, que todos los objetos en la vida me hagan recordaros y suspirar por Vos, para que, apenas aligerado de su peso, vuele de nuevo á descansar en vuestro seno.

CAPÍTULO IV.

LAS SOMBRAS DEL SANTUARIO.—LAS GUIRNALDAS DE AZUCENAS Y EL LAZO DEL AMOR.

§ I.



GRAN contento tuve cuando se me dijo: «Iremos á la casa del Señor. En tus atrios descansarán nuestros pies, ¡oh Jerusalén, Jerusalén! la cual se va edificando como una ciudad, cuyos habitantes están en perfecta y mutua unión. Reine la paz en tus muros y la abundancia en tus palacios. Por respeto á la casa del Señor Dios nuestro, te procuré tantos bienes» (1). ¡Qué palabras tan hermosas! La alegría y el deseo que se levantan á los cielos, arrebatando y recogiendo los suspiros del

(1) Ps., CXXI, 1 et seq.

alma y las gracias y bendiciones con que Dios nos galardona y enriquece; todo esto forma la gloriosa servidumbre que nos precede y acompaña cuando dirigimos nuestros pasos á la casa del Señor; y realmente, ¿en qué otra parte pudiera el corazón hallar reunidos todos los bienes, como allí donde es la morada del Señor? Ó ¿cuál otro rostro nos llenaría de consuelo, como el de nuestro amado Padre? ¿Qué otra voz sería tan dulce como aquella que nos habla así: «Hijos, venid, oidme, y yo os enseñaré el temor de Dios?» (1). Mas ahora, no sólo esto nos trae al templo santo; venimos á buscar en su recinto una Niña que, apenas concebida y dada á luz, era ya nuestra esperanza y el consuelo de todos los mortales: ¿dónde está? ¿Por qué desde su tierna infancia se oculta á las miradas de los hombres y quiere pasar la vida en la soledad y el retiro del santuario? ¿Ignora, acaso, que no ha nacido únicamente para sí, mas también para salud del mundo y gloria del Eterno, y que nos pertenece por ser hermana nuestra? Antes que á nosotros, esa Niña santa pertenece á Dios; por esto, desde sus primeros años mora en la casa de su Padre, y escucha desde entonces sus palabras.

¿Dónde está María? Cuando Ruben no halló á José en la cisterna, rasgó sus vestidos y exclamó: «El niño no parece; y yo, ¿á dónde iré?» (2). Si buscamos á nuestra dulce Niña en el fondo del alma y no la hallamos, ¿por ventura no tendremos razón para decir, llorando: «La Niña no pa-

(1) Ps. XXXIII, 12.

(2) Gen., XXXVII, 30.

rece; ¿á dónde iremos?» La que es nuestra vida y encanto, la esperanza y consuelo de los hombres. Oprimido el corazón, gime y queda envuelto en sombras de tristeza: su luz se ha perdido, se ausentó su alegría; ¿á quién no moverá su profundo y amargo penar? Las miserias, los pecados, la misma justicia del Señor, se levantan en el horizonte de la vida como tempestuosas nubes, y nos llenan de mortal espanto. ¿Cuál será nuestro remedio? Todo esto nos hace comprender la necesidad que tenemos de María, para consolarnos en la vida y caminar por las sendas de la salvación. ¿Quién, por lo mismo, no quisiera amarla con ardiente y dulcísimo cariño; y al sentir que su amor disminuye ó se amortigua, no hará grandísimos esfuerzos para volverle la viva luz de su primera vida, en la que sus recuerdos, sus proyectos, sus deseos, estaban llenos de su hermoso pensamiento? Cuando pasaba la existencia, iluminada por ese sol de gloria, enriquecida con los dones de los cielos, sin remordimiento, sin engaño, sin funestas y penosas ilusiones que abren en el alma las fuentes del dolor, entonces éramos verdaderamente dichosos: cuando vivimos sin María, es todo lo contrario: por lo mismo, si desgraciadamente no tenemos su sagrado amor, corramos desalados hacia Ella. Imitemos á la Esposa santa: «Buscaré á mi amado, decía ésta, y, en efecto, le buscó por las calles y las plazas (1), y preguntaba por Él, diciendo: «¿No le habéis visto?» Nosotros

(1) Cant., III, 2, 3.

nos encaminamos al templo de Jerusalén; allí encontraremos á nuestra muy amada.

Ana y Joaquín presentaron su querida hija María en el templo del Señor, siendo aún esta Niña muy pequeña. Era muy conveniente que así lo hiciesen, puesto que la futura Madre del Señor debía ser educada con pensamientos celestiales (1). Ella era el verdadero santuario del Eterno, y por lo mismo debía brillar su recinto con la más hermosa santidad (2). Los santos se retiraban á los desiertos para prepararse al desempeño de la misión que el Señor les confiara; la misión de María era la más santa y elevada que pudo desempeñar una criatura: por esto es necesario que lleve en la casa del Señor una vida de ángel. ¡Ah! Perdonadme, Señora mía, cuando he dicho esto; ¿qué ángel pudiera comparar su pureza con la vuestra, cuando vos sois su Reina, sagrario del Espíritu Santo y morada del Hijo de Dios? (3).

La hermosa Niña oye desde sus primeros años la voz del Señor que la llamaba: «Escucha, hija mía, y considera, y presta atento oído, y olvida tu pueblo y la casa de tu padre. Y el rey se enamorará de tu hermosura, porque Él es el Señor Dios tuyo» (4). Y ¿por qué la llama el Señor en tan tierna edad? Porque es su Dios, que la había poseído desde el principio de sus caminos, y era el único digno de gozar las primicias

(1) D. Amb., Lib. II De Virg.

(2) Ps. XCII, 5.

(3) D. Bern., Serm. IV, In Assump. B. V. M.

(4) Ps. XLIV, 11, 12.

del corazón de María, lo mismo que sus flores y sus frutos. Él es quien ha dicho: «No daré á otro alguno mi gloria» (1); y ¿no es acaso la agraciada Virgen la hermosa y santa gloria del Señor, vaso admirable, obra de su altísimo poder (2), puesto que, por decirlo así, en cierta manera rivalizaba con la grandiosa liberalidad de Dios, que sin cesar la iba enriqueciendo con nuevas gracias y más distinguidos favores, y María ensanchaba su bendito seno para recibirlas, y después elevarlas hasta el cielo, envueltas en la fragancia de su reconocimiento y gratitud? (3). María es vaso verdaderamente admirable, pues no hay otro que se le parezca en hermosura; jamás obra alguna que le sea semejante se halló en el mundo, ni quien haya dado á Dios la gloria que la Santa Niña; ya contemplemos las ruinas de los cielos que Ella restauró, ya la inefable redención del hombre, ya, finalmente, la libertad que alcanza á los que gimen en el lugar de la expiación, que se halla al otro lado de la tumba (4).

Que entre, pues, en el templo la futura Madre del Señor; mas fijemos un momento la atención en un acto tan solemne de la vida de María, y veamos lo que dice á la inteligencia y al amor.

Es en la infancia cuando más necesitamos el cariño y los desvelos de nuestros padres; parécenos ser ellos los solos que nos aman, y en los mis-

(1) Isa., XLII, 8.

(2) Eccí., XLII, 16; XLIII, 2.

(3) D. Bonav., Op. Diact., tit. 7, c. I.

(4) Idem Serm. II, De Nat. B. V., in addit.

mos concentramos nuestro amor. El amor llena entonces toda la existencia; aun no hemos empañado el alma con el impuro aliento de este mundo; ni está marchita todavía con el soplo abrasador de las pasiones: se personifica el amor en nuestra madre; por esto, aunque ella nos castigue, la buscamos y amamos sobre todo: ni la hermosura nos encanta, ni el oro nos deslumbra: mejor que todo es nuestra humilde y amorosa madre (1).

Veamos ahora á nuestra tierna Niña: renuncia al entrar en el templo ese amor tan dulce y casto: su santa madre, conmovida, la ve alejar de sí; y María se desprende de su seno, y se adelanta á la casa del Señor. ¡Cuán hermosos son tus pasos, oh Virgen Santa! exclamarían los ángeles del cielo. Y, en efecto, eran bellísimos, porque vienen á rendir á Dios Nuestro Señor una honra y gloria cual ninguna otra criatura pudiera presentarle.

Apenas anda la tierna y agraciada Niña; mas sus pasos no vacilan, ni obstáculo ninguno puede detenerlos. Nada es ante sus ojos el amor de sus queridos padres; la gloria de este mundo no brilla para Ella, ni la cautiva su falaz encanto. Todo lo abandona por Dios, su soberano amor; y Dios la otorga que llene los deseos de su alma, que no eran otros que vivir á la sombra del santuario (2).

El botón de la purpúrea rosa no se abre tan bello y puro, ni tan pronto se elevan hasta el cielo sus perfumes, como suben al Señor las primeras afecciones del corazón de la inocente Niña.

(1) D. Chrys., Hom. LXII, In Matth.

(2) Ps. XXVI, 7.

¿Cuál era la vida de María en el templo? Hemos entrado sin sentirlo en una atmósfera de luz y gloria, en el recinto del Señor, donde todo es pureza y santidad, todo sublime y grandioso, todo lleno de embelesadores y tiernos misterios: por esto llevamos las lágrimas en los ojos, y en el alma la más pura y ardiente devoción. Estamos delante de una Niña á quien amamos, cuya hermosura deslumbra, cuyas gracias cautivan: ¡oh, quién al verla no se arrojaría á sus pies, la tomaría en sus brazos, cubriéndola de amor y de caricias! Esto es lo que contigo hacemos, María querida, antes de ir registrando una por una las sagradas estancias donde pasaste los primeros años de tu vida: el corazón quiere un momento desahogarse; apenas te contempla y lo arrebatas, y no quisiera dejar de contemplarte. ¡Qué hermosa eres, tierna Niña, qué hermosa eres! Que jamás dejemos de pensar en Ti, y te sirvamos con amor perfecto.

Era María una Virgen purísima, no sólo en el cuerpo, también en el alma; jamás afecto alguno menos santo empañó su incomparable amor de Dios; de corazón humilde, y grave en sus palabras, prudente, moderada en su conversación, constante en el trabajo, buscaba por testigo de sus acciones al Señor y no á los hombres; á nadie ofendía, respetaba á los mayores, no envidiaba á los iguales, amaba á todos. Jamás contristó á sus padres, ni aun en sus miradas; no despreció á los pobres, veía á los hombres solamente cuando la misericordia la llevaba á prestarles los socorros compatibles con su virginal modestia; era apaci-

ble en su mirar, humilde en su trato, sus acciones arregladas, decente en sus maneras. Su exterior compostura reflejaba la de su alma, como el hermoso frontis de un palacio revela su interior magnificencia.

Era su vida un espejo sin mancha, un ejemplar de virtud donde tenían todos que aprender la ciencia de los santos; pues la pureza de su pecho derramábase por fuera, y embellecía las sendas de su vida con hermoso y suave resplandor (1).

María en el santuario.—Ved la preciosa oliva plantada por Dios mismo, oliva cuya savia es la unción del Espíritu Santo, y que derrama el bálsamo de todas las virtudes que perfuman con su aroma el lugar santo (2). ¿Pudiera, acaso, la débil inteligencia del mortal, seguir el vuelo del alma santa de María, remontándose al seno del Señor, á donde Ella se elevaba? ¿Cómo apreciar el mérito de esa vida oculta, humilde y consagrada enteramente á Dios? Era el corazón de nuestra Niña el verdadero santuario del Señor, resplandeciente de inefable pureza. ¿Qué virtud no halló su cuna en el seno de María? Semejante á una tierra feraz y bendita de Dios, produce todas las flores del Paraíso; por esto Su Majestad la dijo: «Es tu vientre como montoncito de trigo cercado de azucenas» (3). Contemplemos un momento sus virtudes.

Cuando se ponía delante del Señor y sus ojos

(1) D. Amb., Lib. II, De Virginib., c. II.

(2) D. Dam., De fide orth., I, 4, c. 15.

(3) Cant., VII, 2.

descubrían el resplandor del trono del Eterno, ¿hasta dónde se humillaba y descendía en el abismo de su propia nada? Penetrando, cuanto era posible á una criatura, en el conocimiento de la grandeza del Eterno, descubre cómo sólo Dios es santo, sólo Dios es Señor, sólo Dios es ¡altísimo; de quien toma origen toda vida y viene toda santidad, á quien se inclina el universo entero, reconociendo su elevación y su poder. María nadaba en un piélagos de viva luz; el Espíritu del Señor la inunda: ¿dónde está Ella, entonces, á sus propios ojos? Es como una gota de agua, cual un pequeño grano, semejante á un granito de polvo. Es como si no fuese (1). Sin embargo, Dios había fijado sus miradas de ternura en esa nada, llenándola de vida y de grandeza: así lo comprende la humilde Virgen, y exclama: «El Señor ha visto la humildad de su esclava, y por más que Dios la envuelva en gloriosos resplandores, Ella siempre se tendrá por una esclava, dándole bendiciones y alabanzas por sus gracias.» ¡Qué encanto, por decirlo así, para el Señor! María se anonada y pierde delante del Inmenso y sólo deja oír del fondo de su humildad incomparable, una voz que lo ensalza y engrandece. ¿Cuándo nunca la nada puede rendir á Dios tan pura gloria? ¿Cuándo Su Majestad fué así reconocido y recibió tan profunda y santa adoración de sus criaturas? Contemplemos la confianza de María en la casa del Señor. Mejor que el rey David, la purísima Niña decía al Eterno: «Tú eres mi luz y salvación; ¿á quién

(1) Isa., XL, 15, 17.

he de temer? Tú el protector de mi vida; ¿quién me hará temblar? Una cosa he pedido al Señor: pasar en su casa todos los días de mi vida, para contemplar sus delicias y frecuentar su santo templo. Y ahora, Él me tiene escondida en su tabernáculo; me ha puesto á cubierto en lo más recóndito de su pabellón. Por tanto, estaré alrededor de su morada, inmolando sacrificios de júbilo; cantando y entonando himnos al Señor. Contigo habla mi corazón; en busca de Ti andan mis ojos. ¡Oh Señor, tu cara es la que yo busco!» (1).

El Profeta añadía en su oración: «Mi padre y mi madre me han abandonado; pero el Señor me ha tomado por su cuenta»; mas nuestra Niña pudo decir: Yo he dejado por tu amor la casa de mis padres y he arrojado en tu seno mis cuidados. He preferido ser la última en tu templo, á vivir en los palacios de los pecadores (2).

¿Qué límite podría tener la confianza de María al dilatarse en el seno del Señor? Veíase bajo su divina protección (3), cubierta con la sombra de sus alas, rodeada por la verdad de Dios como por un escudo, libre de los temores de la noche, de la saeta disparada en el día, del enemigo que anda en las tinieblas, de los asaltos del demonio, que pelea contra el hombre en medio de la luz (4); los ángeles se hallan á su lado y la llevan en sus manos para que no vaya á tropezar.

(1) Ps. xxvi, 1, 8.

(2) Ps. lxxxiii, 11.

(3) Idem xc.

(4) Sá., hic.

La purísima Virgen había recibido el Espíritu de Dios para conocer los dones todos con que Su Majestad la iba enriqueciendo (1): esos dones la revelan un incomparable amor: ¿cómo desconfiar de su ternura? Por esto María se arroja en los brazos del Eterno, diciéndole: «Tú eres mi esperanza desde que me sacaste de las entrañas de la mujer que me llevó en su seno, y cuando estaba pendiente del cuello de mi madre: desde entonces me recibiste en tus brazos, y yo te tengo por mi Dios» (2). Las lágrimas del amor correrían por el semblante de la hermosa Niña, sintiendo su alma una ternura inmensa. Tú eres mi padre muy amado, le diría al Eterno, y en medio de su humildad incomparable, su corazón se entrega á los afectos de filial cariño: ama, bendice, alaba, glorifica, y dichosísima, descansa á la sombra de su amado Padre.

¡Oh feliz y santa Virgen, disfruta las caricias del Señor! ¿Quién como Tú las tiene merecidas, y, quién al disfrutarlas, puede como Tú glorificar á Dios?

La Purísima Niña se gozaba en el Señor. Al contemplarse dentro de los muros del santuario, sin duda más bien que David, su padre, María exclamó: «Mi alma suspira y padece los deliquios del amor. Transpórtanse de gozo mi corazón y mi cuerpo, contemplando al Dios vivo. El pajarillo halló un hueco donde guarecerse, y nido la tórtola para poner sus polluelos: tus altares, ¡oh Señor de

(1) I Cor., II, 12.

(2) Ps, XXI, 10, 11.

los ejércitos, oh Rey mío y Dios mío! Bienaventurados los que moran en tu casa: ellos te alabarán por los siglos de los siglos. Dichoso el hombre que tiene en Ti su amparo y que ha dispuesto en su corazón los grados para subir hasta el lugar santo que Dios destinó para Sí (1). ¿Qué puedo apetecer yo del cielo, ni qué tengo que desear sobre la tierra fuera de Ti, ¡oh Dios mío? Mi carne y mi corazón desfallecen, Dios de mi corazón, Dios mío, que eres mi herencia por toda la eternidad. Los que se alejan de Ti perecerán.... Mas yo hallo mi bien en estar unida con Dios, en poner en el Señor Dios mi esperanza» (2).

El amor había tomado entera posesión del alma de María, que transformada (3) en la imagen del Señor, avanzaba de claridad en claridad, iluminada por el Espíritu Divino, hasta cumplirse en Ella esta palabra de inefable dulzura: «El que se une al Señor es un espíritu con Él» (4). Después de esto, ¿cómo pudieran afligirla los pesares de la tierra ó cautivarla sus amores? Dios llena su existencia con las tiernas delicias de su amor: María lo contempla rodeado de infinita gloria, y escucha en el fondo de su alma una voz secreta y misteriosa que le dice: «Entra en mi gozo.» Y Dios también gozabase en María (5). ¡Que amores tan santos, qué suaves coloquios, qué amables

(1) Ps. LXXXIII.

(2) Idem LXXII, 25, 28.

(3) II Cor., III, 18.

(4) I Cor., VI, 17.

(5) Prov., VIII, 31.

caricias! El Padre y la Hija, el gran Dios y su amada y humilde criatura. Profundos arcanos que el hombre no comprende; mas humilde y rendido, venera y bendice por ellos á Dios.

¿Queremos tal vez añadir: La Madre y el Hijo, el Esposo y la Esposa? Ignora entonces María su elección á la maternidad divina; pero Dios la ama como su futura Madre, y por esto vierte en el seno de la hermosa Niña todas las riquezas de su amor. Y en cuanto al Espíritu Divino, ya hemos dicho que María le estaba unida desde el instante primero de su sér, con indisoluble y santo vínculo.

Así es que esa Niña tiene singularísimas é incomprendibles relaciones con las tres personas de la adorable Trinidad, aun antes de la encarnación del Divino Verbo; y tres, por lo mismo, son las fuentes de gloria que llenan el alma de la Hija, la Madre futura y la Esposa de Dios. ¡Qué santas y hermosas serían las efusiones de ternura, de reconocimiento y cariño del corazón de María, corazón enteramente consagrado á Dios!

Cuando alguna familia acá en el mundo quiere que una joven entre en su seno, hace afluir en torno de ésta los honores, el aprecio, los regalos. Por esto vemos al criado de Abraham que lleva de todos los bienes de su amo, cuando va á buscar esposa para Isaac, y regala á Rebeca brazaletes y pendientes de oro, y otras alhajas de oro y plata, y preciosos vestidos (1). Vemos asimismo el cuidado con que Abraham empeña la fidelidad de su criado: «Pon tu mano debajo de mi muslo,

(1) Gen., xxiv, 22, 53.

para tomarte juramento por el Señor Dios del cielo y de la tierra, que no casarás á mi hijo con mujer de las hijas de los cananeos, sino que irás á mi tierra y á mi parentela» (1). A este modo parécenos que la Trinidad augusta iba enriqueciendo con todos los tesoros de los cielos el alma inocente de María; el Padre derrama en el rostro de su Hija predilecta el resplandor y los encantos de una belleza incomparable, y nos la deja contemplar como la hermosura del firmamento, en que se ve la gloria del Criador (2); el Hijo llena el corazón de la Purísima Niña de santidad y gracia, y el Espíritu Santo la tiene bajo la sombra de sus alas.

Los honores y el aprecio de los hombres se acaban, y muchas veces síguenlos de cerca el odio y abandono; respecto del Señor, no pasa de esta suerte: sus tesoros no pueden agotarse; su amor jamás se cansa; es un Dios que no se muda (3). Así, y sobre cuanto podemos comprender, la hermosa Virgen era colmada de todas las gracias del Señor; había, pues, entrado en el gozo de su Dios. ¡Oh, si nosotros la pudiésemos contemplar, como Eliezer (4) á Rebeca! Sin duda quedaríamos también enajenados de encanto (5), y la diríamos: ¿De quién sois Hija? ¿De quién serás la Madre? ¿De quién eres la Esposa?

(1) Gen., V, 2, 4.

(2) Eccí., XLIII, 1. D. Bon., De Eccl. Hierar., p. IV, capítulo VII.

(3) Isa., II, 7; Malac., III, 6.

(4) Scío, hic.

(5) Ita hebreus Sá. hic.

¡Cuántas delicias y consuelos disfruta el corazón al hacer estas preguntas! María, hemos dicho, ha entrado en el gozo del Señor, añadamos: Ese gozo llega hasta nosotros. ¡Qué consuelo para quien la ama contemplarla viviendo entre delicias! Si después de esto vemos su altísima oración, que la deja suspendida en el Señor; su obediencia, que la lleva volando á cumplir su voluntad; su silencio y modestia; su encantadora y santa mansedumbre; sus palabras y movimientos, templados al tono de su alma, como las cuerdas de una lira pulsada por el Espíritu Divino (1), suspiraremos otra vez de amor y de ternura, comprendiendo que María se levantaba en virtud y perfección, como un monte de altísima cima que llega al trono del inmenso Dios (2). Á este propósito nos dice un profeta: «En los últimos días, el monte en que se erigirá la casa del Señor tendrá sus cimientos sobre la cumbre de todos los montes y se elevará sobre los collados (3). Monte asentado sobre todos los montes, puesto que la elevación de la Purísima Virgen ha brillado sobre la de todos los santos.» Aquel profeta añadía: «Vendrán muchos pueblos y dirán: Ea, subamos al monte del Señor, y á la casa del Dios de Jacob; él mismo nos mostrará sus caminos, y por sus sendas andaremos.» Nosotros aceptamos esta invitación, y por esto sin cesar volvemos los ojos á la Niña que nos ha robado el alma; su pensa-

(1) Nicolás. La V. por el Ev., c. VI.

(2) D. Greg. In., c. I. Reg.

(3) Isa., II, 2.